

—Y quizá no se equivoca.

—No se equivocará si ha de ser la mujer de un anciano; pero si no, os aseguro que se equivoca. Manuela es más fuerte y más digna de lo que parece.

—Es posible; pero nada de eso me importa. El señor Brundel no me ha hecho confidencias y no tengo el derecho de aconsejarle. Así es que podiais muy bien haberme evitado el disgusto de oír estas revelaciones que la delicadeza me obliga á comunicarle si me pregunta.

—Decídselo todo—exclamó Dolores;—si yo me hubiese atrevido, hace tiempo que le hubiese hablado como os hablo, pues sé que es necesario que la suerte de Manuela cambie ó que la pobre niña muera.

Y Dolores salió dramáticamente, dejándome muy confuso con la situación difícil en que me habían colocado las circunstancias. Dolores, que ocultaba un gran cinismo bajo su énfasis natural, había puesto el dedo sobre la llaga del futuro hogar. La joven había esperado demasiado para no llegar á la explosión, y el anciano había dominado con demasiada fuerza los peligros de la intimidad para encontrar la pasión necesaria á una unión tan desproporcionada.

IX.

Por la noche volvieron á llamarme. Encontré á Manuela más enferma que por la mañana, y al día siguiente aun peor. Los síntomas, sin ser alarmantes, estaban más caracterizados: tuve que visitarla durante el día y por la noche, tomando el partido de escribir á sir Ricardo.

Éste acababa de escribir por su parte á Manuela bajo un sobre dirigido á mí:

«Mi hermana ha muerto, aceptando la restitución pura y simple de la suma que me había prestado. Para satisfacer más pronto á sus herederos tengo que partir á Burdeos en cuanto terminen los funerales; es decir, mañana por la noche. Espero estar á vuestro lado dentro de ocho ó diez días. Paciencia, hija mía. Vuestro amigo Ricardo os bendice.»

Este lacónico billete me fué al momento comunicado por Manuela.

—¿Qué pensáis?—me dijo la joven.

—Que aquí no dice nada que confirme la palabra que decís os ha dado.

—Nunca se ha comprometido formalmente, y sir Ricardo escribe siempre de esa manera.

—¿A qué llamáis comprometerse formalmente?

—A una promesa escrita que nunca me ha ocurrido pedirle.

—Habéis hecho mal—dijo Dolores.—El viento se lleva las palabras.

—¿Quieres hacerme dudar de él? Veamos, doctor, ¿qué decís vos que le conocéis tan bien y que le amáis tanto?

—Yo no puedo formar opinión, no sabiendo si sus palabras han sido tan explícitas como decís.

—¡Dios mío, no sé! Me ha dicho que nunca se casaría con otra..... ¡Oh! y de eso estoy segura, porque me lo ha jurado.

—Y cumplirá su palabra; pero eso no es decir que se casará con vos.

—Convengo en ello; ¿pero cómo ha consentido en dejarme llevar su nombre y pasar por su mujer?

—Lo ha consentido porque no ha podido hacer otra cosa—observó Dolores.—Acordaos de cómo pasó todo esto. Yo fui la que empecé á llamaros señora y á decir á los criados que estabais casada con él. Mi nacimiento y mis principios no me permitían servir á una persona que no fuese res-

petada. Erais inocente, bien lo sé, pero nadie hubiese querido creerlo. Por entonces el señor Brun del estaba ausente. Cuando volvió le dije lo que había tenido que inventar para evitar las murmuraciones, y me riñó por no haberos hecho pasar por su hija; pero ya era tarde y tuvo que conformarse con el papel que yo le había dado; mas no creo que eso sólo le lleve hasta casarse.

—¡Veis!—exclamó Manuela dirigiéndose á mí.—¡Quiere desesperarme! ¡Pretende amarme más que nadie en el mundo, y sus palabras me exaltan y me matan!

—Pero—le dije yo—¿por qué desesperaros, si continuais con sir Ricardo en las mismas condiciones privilegiadas en que estáis desde hace cinco ó seis años? ¿Qué os falta? Nada, ni aun la consideración, puesto que os ha dejado llevar el nombre de esposa. Os aburrís, sufrís porque estáis encerrada: pues pedidle que os deje salir más á menudo y que en lugar de ir á caballo os lleve en coche. Esto me parece muy fácil, y más que cuando sepa que estáis enferma se apresurará á complaceros.

—Ciertamente—replicó Dolores—es un hombre muy bueno y la trata con ternura; ¿pero llamáis á esos paseos el placer y el bienestar de la

libertad? ¿Se puede vivir siempre con un hombre que no tiene las necesidades ni los gustos de la juventud? Nada de conversaciones, ni de visitas, ni de teatro, ni de baile. Vamos, señor doctor, si tuvierais una mujer, ¿la trataríais así?

—Si me casara, exigiría que mi mujer no se ocupase más que de su casa y de sus hijos, y jamás me casaré con una persona que necesite para vivir bien conversaciones, visitas, teatro y bailes.

—Y haríais muy bien—replicó Dolores—porque tendríais vuestro hogar y vuestros hijos para ocupar las atenciones de vuestra mujer..... ¡y además os tendría á vos! Nadie está triste y enfermo cuando está en compañía de un hombre joven y hermoso, mientras que.....

—¡Basta!—dijo Manuela, que se había puesto roja y cuya voz temblaba.—¡Calla, Dolores, porque no dices más que tonterías ó impertinencias!

—Pero todo esto no tiene nada que ver con mis visitas, observé. Hablemos de vuestra salud.

—¡Mi salud!—exclamó;—no, no quiero ocuparme de eso. Quiero dejarme morir, porque estoy cansada de la vida.

Y viendo que yo iba á reñirla—exclamó con vehemencia.

—¡Dejadme! Ahora veo claro. Ricardo piensa tal vez que sueño con su rango y su fortuna..... y vos parece que lo pensáis también..... ¡Ah, qué desgraciada soy! Yo le amaba por él, por su belleza moral, por su gran talento, por su bondad, que es inmensa; por sus beneficios, de que tanto he abusado; pero sobre todo, por el profundo y verdadero amor que creía poder inspirarle. Vosotros me abriste los ojos, ¡erueles!..... Ricardo no me juzga aún digna de él y quiere continuar la prueba indefinidamente, ¡hasta que me muera! Pues bien, sea; moriré, y me llorará, mientras que si le atormento dejará de quererme. Calla, Dolores; te prohibo que me hables de él. ¡Dejadme, doctor, no quiero ocuparme de mi salud; quiero quedar esclava, prisionera, objeto de lujo en mi hamaca de seda!..... ¿Acaso merezco otra cosa, yo, que no tengo inteligencia, ni paciencia, ni instrucción; yo, con quien un hombre de mérito no puede hablar; yo, en fin, que he deshonrado mi vida el día en que he amado sin saber adónde conduce el amor? ¿Acaso se me puede perdonar esto? Me he dejado llevar, arrastrar á los más ignobles peligros, porque no comprendía, porque era estúpida. ¡Creía marchar hacia el altar, y caía en un lupanar! ¿Qué importa que saliese de allí

como había entrado? ¡Las señoritas bien educadas lo saben todo y se las respeta, y yo estaba deshonrada antes de conocer nada!..... ¡por eso es necesario que á pesar de mi larga expiación siga sufriendo el castigo hasta la muerte!

Los sollozos la sofocaron. Dolores la tomó en sus brazos y con una fuerza varonil la llevó á su lecho; después salió para buscar un calmante, dejándome solo con Manuela.

Me sería imposible recordar lo que le dije para consolarla y devolverle el valor, porque estaba demasiado conmovido en aquellos momentos y no sabía lo que hacía. Creo que le dí la razón contra el señor Brundel, y que la aconsejé rompiese un lazo que tenía que ser fatal á uno y otro. Acepté, á pesar mío, las ideas sugeridas por Dolores, no suponiendo que sir Ricardo estuviese resuelto á realizar las esperanzas que había hecho concebir.

¿Me entendía Manuela? ¿me comprendía? No sé. La pobre lloraba con las manos en las mías, los ojos velados por sus largas pestañas, las mejillas encendidas y el corazón oprimido.

La obligué á tomar la poción, y al verla mejor, quise retirarme.

—No la abandonéis—dijo Dolores.—Bien veis

que yo la incomodo y la irrito á pesar mío; vuestra presencia y vuestras palabras la consuelan. Quedaos otro poco, os lo suplico.

Tuve la cobardía de quedarme al lado de la enferma, que aletargada por el calmante, se fué durmiendo poco á poco.

Tomé un libro para leer, y Dolores salió de puntillas.

El objeto de aquella mujer era visible: quería unir *nuestros destinos*; ¿pero cómo entendía esto? ¿Deseaba hacerme faltar á la confianza de sir Ricardo, dándome los derechos del amor y reservándole á él los del matrimonio? ¿Había adivinado mis agitaciones? ¿Creía realmente que sir Ricardo no pensaba casarse y le agradaría casarme con Manuela? ¿Era una pobre mujer romántica, ó una infame intrigante?

Y ella, Manuela, ¿era verdaderamente el ser desinteresado y sincero, cuyo porvenir me interesaba tanto? ¿No era la cómplice bien aleccionada de su doncella? ¿No pretendía ser, ó la mujer rica y honrada de sir Ricardo, ó por lo menos su hija adoptiva espléndidamente tratada y con un amante discreto instalado en la casa?

Dejé caer el libro sobre mis rodillas, y mis ojos se fijaron, sin poderlo remediar, en aquella joven

dormida, que parecía ahora indiferente á todas las cosas de este mundo.

Aquel profundo sueño no era fingido: el opio hacía su efecto.

La joven tenía la misma posición de un niño vencido por la fatiga. No había en ella pudor afectado; tenía el hombro un poco descubierto y el brazo extendido; parecía la imagen de la castidad inconsciente, y no me inspiraba en aquel momento ningún deseo de los sentidos. Examiné las líneas de su rostro que aún no me eran familiares. Su frente, estrecha como la de una estatua griega, indicaba más espontaneidad que razonamiento; su mejilla sin brillo, pero pura y aterciopelada, sus cejas inmóviles, sus párpados enrojecidos por lágrimas no simuladas, su pecho verdaderamente virginal, sus delicadas manos, indicios de dulzura, sus dedos delgados, expresión de un espíritu sin cálculo y sin egoísmo..... ¡No! no era ni una intrigante ni una ambiciosa; todo en ella era sincero: ¡aquel rostro de ángel no podía engañar!

La examiné con el interés del fisiólogo. Su corazón no levantaba ya al latir la ligera tela del peñador. ¿Estaba aquel corazón atacado de alguna lesión grave? No; los nervios solos estaban verdaderamente enfermos, y el equilibrio en peli-

gro de ser destruído. Aquella alma tierna necesitaba amor; aquella organización delicada necesitaba felicidad; pero entonces sir Ricardo, que había podido apreciar sus cualidades y admirar su abnegación, debía amarla con pasión y guardarla celosamente, debiendo prever..... ¿Por qué la dejaba sola, confiada á un hombre de mi edad? Me debía creer muy frío ó muy fuerte.

Al cabo de una hora despertó Manuela. Estábamos solos, y quise llamar á Dolores; pero ésta había salido.

Manuela me miró con vago asombro, quedando algunos instantes sin acordarse de por qué estaba yo allí y sin querer preguntármelo. Ví que hacía esfuerzo por recordar sin ayuda de nadie.

Era la hora de la siesta. La habitación sombría y fresca le daba á uno cierta indolencia, y el olor de las rosas del jardín penetraba, á pesar de las ventanas cerradas, con el agudo canto de la cigarra.

—Vamos—dijo Manuela cuando hubo coordinado sus ideas—ahora me siento bien. ¿Está ahí Dolores?

—Ha salido.

—¡Ah! verdad es que le he dado algunos encargos. Quiero levantarme, doctor..... Estoy comple-

tamente vestida.... No tenéis más que darme la mano. Estoy aún algo trastornada, pues por lo que veo, me habéis dado opio.

La conduje á una butaca.

—Permaneced á mi lado — dijo; — os molesto hoy por última vez.

—¿Qué queréis decir? ¿Nos amenazáis aún con dejaros morir?

—No; cuando lo he dicho estaba loca, pero ya me tenéis tranquila y razonable. No creáis todo eso que ha dicho Dolores. No necesito bailes, ni espectáculos, ni conversaciones. Comprendo que no me puedo casar con sir Ricardo, y renuncio á ello.

—Encuentro que variáis con mucha facilidad. Antes estabais desesperada....

—Ha sido un momento de debilidad, pero ya me he hecho fuerte. Creo que no habéis comprendido bien mi estado moral. No estoy enamorada de sir Ricardo, como pensáis. Le amo, ¡oh, sí! le amo como á mi padre si no quiere ser más que mi padre, como á mi marido si quiere que sea su mujer; es decir que le daré la ternura que me pida, sin echar de menos la que no me pida.

—¿Estáis segura?....

—Estoy segura de conseguir esto con un poco de tiempo; no soy fuerte, pero soy dulce y me so-

meto siempre, porque está encarnada en mí la costumbre de la sumisión.

—¿Y pensáis que no estaréis enferma cuando hayáis tomado vuestro partido?

—Lo espero; pero ¿qué importa que esté bien ó mal? La cuestión es cumplir con mi deber, y mi deber consiste en complacer á sir Ricardo y hacerle dichoso.

—¿Hasta de ser su querida si él lo desea?

—No, jamás lo desearé.

—Sin embargo, si lo exigiese....

—Entonces, no sé; pero el día en que quisiera envilecerme, después de haberme respetado tanto, moriría de vergüenza y de dolor.

—¡No habéis pensado siempre así!

—Es verdad; ¡pero ahora he comprendido tantas cosas que no sabía!....

—¿Ahora enrojeceríais, lloraríais quizá, pero cederíais?

—¡Dios mío! ¿por qué esas preguntas? ¿Qué os importa?

—Nada absolutamente. Es el médico el que os habla, para saber si vais á contraer una enfermedad grave por falta ó por exceso de valor.

Quedóse un momento pensativa, y luego dijo:

—Doctor, voy á pedir os un consejo.

—Sois muy buena—respondí con amarga sonrisa.

La joven me miró con asombro.

Comprendí mi yerro, y al momento cambié de tono.

—Si os diese un consejo—añadí—no le seguiríais.

Insistió de nuevo, y volvió á impacientarme.

—Es extraño—dije—que una mujer pida consejo en semejante caso. Creo que el sentimiento de su dignidad debía bastarla. Sería muy embarazoso dar un consejo á una persona que se abandona así cuando la pasión enciende su enferma imaginación.

La pobre joven no trató de defenderse, sino que por el contrario, me dió la razón.

—Es cierto—dijo—que no tengo el mérito de mi virtud, puesto que la hubiese sacrificado por completo si él hubiese querido, y aun ahora mismo..... no me siento con ninguna energía contra él. No tengo más protección que su honor. ¡Qué queréis!..... Y no consiste en la imaginación, como decís; es agradecimiento inmenso; es un sentimiento filial.....

—¡Oh, no profanéis esa palabra!—exclamé.—
¡No sabéis lo que es eso!

Los celos me devoraban. Mi vehemencia asustó á la joven, que me miró con un asombro que me turbó hasta el punto de no oír entrar á Dolores. Verdad es que ésta entró sin hacer el más ligero ruido y se quedó en la puerta sin moverse. El asombro de Manuela me irritó aun más. Su inocencia me parecía una inmoralidad incurable; pero ¿por qué quería que fuera moral, yo, cuyos deseos sólo podían ser culpables? Es que sin duda me faltaba valor para seguirlos venciendo, y hubiera querido encontrar en ella la fuerza que me abandonaba.

—Os falta el instinto del respeto de uno mismo—le dije con despecho.—El señor Brundel no abusará de esta enfermedad; pero que no espere casaros con un hombre que tenga ni siquiera nociones de lo que os falta..... Después de todo, ¿qué os importa? Encontraréis fácilmente un necesitado sin delicadeza, que se considerará dichoso al recibir una buena dote y poseer una mujer bonita. Vos no os apercebiréis de su cobardía, y seréis dichosa también..... Hay destinos lógicos, desenlaces naturales; pero los buenos consejos y la indignación de las almas honradas no pueden mezclarse en esto.

Salí creyendo que me estaba haciendo traición, y me encontré frente á frente con Dolores. Creí

que iba á detenerme, y me dispuse á apartarla de mi camino; pero ella se separó para dejarme paso, clavando en mí una mirada de burlona penetración y sonriendo.

—Estoy perdido—pensé al entrar en mi cuarto, —á menos que no haya logrado ofender para siempre á la odalisca, en cuyo caso su odio me preservará de mi locura.

Creí en efecto haberlo conseguido, pues durante tres días no solamente no la ví, sino que Dolores no pareció por mi cuarto. Mandé á preguntar por la señora, y el negrito vino á decirme que la señora me daba las gracias y que seguía mejor.

No le creí, porque ví el jardín triste y silencioso y no volví á oír ruido de risas ni de castañuelas. Se hubiera dicho que los perros y la cotorra se habían vuelto mudos.

Sentí remordimientos por haber cuidado tan mal á la enferma, dándole con una mano la medicina y con la otra desgarrando su corazón.

Y ¡cosa extraña! cuando estaba á su lado, todo me exasperaba, y sólo la recordaba buena y encantadora, olvidando su irritante situación, cuando me alejaba de ella.

Buscaba un pretexto para volver á verla, cuando recibí una carta del señor Brundel. En cuanto leí

las primeras palabras ví que no había recibido la mía. Aquella carta estaba fechada en Pau.

«Mi querido doctor—decía—estoy en camino de Burdeos, donde tengo que conferenciar con mi banquero para pagar una gran cantidad á los herederos de mi hermana. Es un asunto fácil y sencillo, pues desde hace tiempo la suma está colocada en casa de dicho banquero esperando lo que hoy ha llegado. Mis rentas disminuirán mucho, pero recobraré mi libertad y tendré lo suficiente para seguir viviendo como hasta aquí, gracias á mi vida retraída y á las pocas locuras que he hecho desde hace algunos años. Nada, pues, cambiará en mi existencia; quedaréis á mi lado si me amáis como yo os amo, y mi querida Elena, cuyo porvenir está asegurado, no tendrá que sufrir ninguna privación.

»Ya véis que mi carta está fechada en vuestro pueblo, donde he tenido que detenerme para descansar un poco, y no quiero irme de él sin ir á ver á vuestra respetable y excelente madre, á quien sin duda costará algún trabajo reconocerme; pero puesto que no ha olvidado mi nombre, espero que no la disgustará que vaya á hablarle de vos y á decirle lo mucho que merecéis el cariño que os tengo.»

La carta había sido cerrada y vuelta á abrir para poner un *post-scriptum*.

«He visto á vuestra madre; no ha envejecido, y me ha reconocido antes de que yo me nombrase. Hemos hablado y llorado juntos. Sí, querido mío, hemos llorado por muertos que vos no habéis conocido y que nos serán eternamente queridos.... Y además he visto á vuestra hermana.... ¡un ángel!.... ¡un hada divina!.... pero ya os escribiré desde Burdeos. Entre tanto os estrecho las manos.»

Apenas había acabado de leer aquella carta, cuando Dolores llegó diciéndome que si había una carta para la señora en la que yo acababa de recibir.

—¿Por lo visto, mis cartas pasan por vuestras manos?—dije.—No tengo nada para la señora; pero el señor me habla de ella. Rogadla que me reciba.

—Os espera, doctor. Seguídme, porque está muy impaciente.

Llevé la carta á Manuela, que me pareció muy cambiada, y al demostrarla mi inquietud,

—No es nada—me dijo.—Me habéis prohibido el baile, y sin embargo no me encuentro mejor; pero dadme la carta. ¿Puedo leerla?

En efecto, la leyó y la releyó. Dolores también

leía tranquilamente por encima de su hombro, y al momento expresó su opinión.

—Ni una palabra de matrimonio—dijo dirigiéndose al mismo tiempo á su ama y á mí.—Bien podéis ver que ya no piensa en eso, si es que ha pensado alguna vez.

Me repugnaba mezclar aquella criatura en los secretos pensamientos de mi amigo. Guardé silencio, á pesar de las miradas suplicantes de Manuela, que hubiese querido saber mi opinión.

Se decidió á responder á Dolores que Ricardo hablaba de su libertad conquistada y de su porvenir asegurado.

—Es al doctor á quien habla—replicó Dolores;—no hay una palabra que se dirija á vos.

—Sí; pero soy siempre su querida Elena.

—De quien se ha acordado en su testamento y á quien continuará guardando en una jaula de oro—añadió Dolores.

—¡Vamos, hablad!—me dijo Manuela.

—Tenéis—la dije mostrando á Dolores—un consejero listo y discreto. Yo no quiero hacer comentarios, pues podría equivocarme.

—¡Véte!—dijo la joven á su doncella;—no agradas al doctor. Hablará cuando tú te vayas.

Dolores, ligera y como incapaz de rencor, sonrió

y salió, después de haber dicho una palabra en voz baja al oído de Manuela.

Manuela, con un candor sin igual, repitió aquella palabra en cuanto estuvimos solos.

—El *post-scriptum*—murmuró poniéndose á leer el final de la carta de sir Ricardo.—¡Calla, dice que ha visto á vuestra madre!..... la conoce, tiene secretos con ella..... Esto no tiene nada que ver conmigo..... también de vuestra hermana..... ¡un hada divina! ¡un ángel!..... ¿Es bonita vuestra hermana?

—Os ruego que no hablemos de mi hermana.

—¿Por qué no? ¡Un hada divina! Es decir que tiene grandes talentos que yo no poseo; pero la ha visto un instante y ha partido. No puedo estar celosa de ella.

—No habléis de celos á propósito de mi hermana. Hay palabras imposibles de asociar con ciertas ideas.

—Dios mío—exclamó Manuela levantándose rígida.—¿No soy digna de pronunciar el nombre de una joven honrada?

—Sí por cierto—respondí cogiendo su mano y obligándola á sentarse;—también vos sois una joven honrada; pero vuestra imaginación está turbada, y la triste compañera que habéis elegido para

vuestras confidencias acaba de extraviaros haciendo nacer en vos ideas absurdas. ¿No comprendéis que suponer al señor Brundel enamorado de mi hermana es hacerle una mortal injuria á él y á mí?

—¿Por qué? Es una santa, un ángel. Si la ama no vacilará en pedir su mano.

—No haría semejante insensatez—repliqué;—pero si la hiciera, sería rechazado.

—¿Le encontraría demasiado viejo?

—Mi hermana no encontraría nada, porque no quiere casarse; pero mi madre y yo la preservaríamos de las ridículas pretensiones de un anciano.

—Un anciano que es mucho para mí.

—Me hacéis sufrir mucho, señora. Me forzáis á heriros sin cesar cuando no lo deseo, y no quiero hablar.

—Hablad, pero dejadme á mí que os hable de vuestra hermana, y tranquilizaos, porque no olvidaré el respeto que le debo. ¿Cómo se llama?

—Juana.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiún años.

—¿Por qué no quiere casarse?

—Porque quiere consagrarse á su arte.

—¿Cuál? ¿La música tal vez?

—Sí.

—¿Y puede pasar la vida sin amar por la música?

—Sin duda, puesto que eso llena su alma.

—¿Y es muy bonita?

—Notablemente hermosa.

—¿La pedirán en matrimonio?

—Ya lo creo. ¡Como que ha rehusado los mejores partidos!

—¡Qué singular! ¡La música! ¿Se puede preferir la música al amor? Jamás lo hubiese creído, y no lo comprendo.... ¡Será devota quizá! ¿Quiere ser religiosa?

—No.

—¿No tenéis otra hermana?

—Es la única.

—¿Y le permitís que no se case?

—Debemos respetar su voluntad, puesto que todo en ella es respetable.

—¿Y dejaría de ser respetable si amase á un hombre excelente y buenísimo, á un hombre de mérito como sir Ricardo? ¿Lo impediríais?

—Sí, porque ese matrimonio no podría halagar á una joven, á no ser que estuviera obcecada.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?

—Porque el objeto del matrimonio para una mujer joven es la maternidad.

—¡Ah!.....—dijo Manuela llevando una mano á su corazón como si hubiese experimentado un agudo dolor.... ¡Sí, sí, yo no puedo hablar de eso; jamás he pensado en ello! Una vez lo deseé apasionadamente; quise adoptar, educar á algún pequeño desgraciado; eso hubiera sido mejor que tener monos y cotorras; pero Ricardo no ha querido. Ha creído que no sabría, ó que dirían que aquel niño era nuestro. ¡Ah! bien lo veo.... ¡mi abnegación por él no me ha rehabilitado! Ricardo no me ha hecho útil á nadie ni para nada....

—No digáis eso. Ha querido casaros. Vos sois quien os habéis empeñado en estar pegada á él. Vuestra dulzura aparente ha escondido una profunda obstinación, y diría un cálculo hábil si dudase de vuestro desinterés.

—¡Ah, tal vez dudáis! ¡Mirad, no quiero soportar más esta existencia! ¡Ya os lo he dicho desde el primer día, esta situación me hace sufrir horriblemente, y es necesario terminar!

—¿Qué queréis hacer?

—Aceptaré el primer marido que sir Ricardo me presente; es seguro que no me ha de entregar á un hombre que no sea bueno.

—De fijo no será esa su intención; pero puede equivocarse.

—¿No puede quererme un hombre honrado?

—¿Con una dote? ¡No!

—Pero ¿y sin dote?

—Sin dote, el hombre honrado que os pretendiese no haría bien, á menos que no fuese muy rico.

—Porque no sé hacer nada y porque soy una sultana, ¿verdad? Comprendo; pues bien, entonces renuncio al matrimonio, pero quiero irme de aquí. Cien veces he estado á punto de hacerlo, y ahora estoy resuelta.

—¿Y dónde iréis?

—Á cualquier parte donde pueda trabajar sin deber nada á nadie.

—¿Trabajar en qué?

—Es verdad, no sé hacer nada. Sin embargo, hablo español y francés.

—No tan bién como Dolores, y está sirviendo.

—Mi madre ganaba su pan iluminando estampas. En París se vive con nada cuando gusta la vida que allí se hace, porque el placer de estar en él lo compensa todo. Sí, volveré á ser obrera y me consideraré muy dichosa.

—Sí, con tal que tengáis algún dinero, os irá muy bien hasta que encontréis el amor que os ensalzará tal vez, pero que tal vez también os arrojará en el lodo..... Vuestros proyectos no son razo-

nables. Habéis vivido demasiado en el lujo para pasaros sin él. Además, vuestra salud está muy quebrantada para que podáis soportar una vida de privaciones. ¿Queréis un consejo?..... pues no decidáis nada; tened valor y consultad francamente á sir Ricardo. No le ocultéis ni vuestra enfermedad, ni vuestros pesares, ni nada. En él solo debéis poner toda vuestra confianza, puesto que él solo puede aceptaros por esposa ó hacer su adopción menos triste para vuestro espíritu y menos perjudicial para vuestra salud. Mañana ó pasado os escribirá sir Ricardo, de seguro, confirmándoos la promesa de volver pronto.

Creí decir la verdad, pero el Sr. Brundel no escribió, y durante quince días continuó aquella situación.

X.

Desde que el mundo es mundo, un hombre á quien una mujer bonita confía sus penas es un hombre expuesto á caer en la tentación, expuesto á ser vencido. Al principio censuré en mi interior al Sr. Brundel por su silencio; después llegó á inquietarme, y por último tuve el egoísmo de ale-